

# *La guerra de las salamandras*



LIBRO PRIMERO

*Andrias Scheuchzeri*



## CAPÍTULO I

### Las extravagancias del capitán Van Toch

Si busca usted en el mapa la isla de Tana Masa la encontrará justo sobre la línea del Ecuador, un poco al oeste de Sumatra. Pero, si se encontrase a bordo del Kandong Bandoeng y se le ocurriera preguntarle al capitán J. Van Toch qué isla es esa de Tana Masa en la que acabamos de fondear, sin duda que maldeciría durante un buen rato y después le diría que es el agujero más infecto de todas las islas de la Sonda, mucho más miserable que Tana Bala y al menos tan inmundo como Pini o Banjak; que el único hombre digno de tal nombre que la habita —sin contar por supuesto a los piojosos batakos— es un agente comercial borrachuzo, pagano y ladrón, mestizo de cubana y portugués; y que si hay algún lugar dejado de la mano de Dios en el mundo es esa maldita isla de Tana Masa, señor mío. Y si entonces le preguntase usted al capitán por qué ha echado las malditas anclas aquí como si tuviese la intención de quedarse tres malditos días, entonces resoplaría enojado y gruñiría algo sobre que el Kandong Bandoeng no vendría hasta aquí en busca de copra o aceite de palma, eso se entiende, y que además por qué no se mete usted en sus condenados asuntos, señor, yo bastante tengo con cumplir órdenes. Y después maldeciría tan copiosa y prolijamente como corresponde a un capitán de la marina mercante, quizá ya entrado en años pero todavía enérgico e impetuoso.

Pero, si en lugar de atosigar con sus fastidiosas preguntas fuese usted lo suficientemente prudente como para dejar al capitán despotricar y explayarse a sus anchas, quizás podría averiguar más detalles sobre la cuestión que le interesa. ¿Acaso no ve que el buen hombre tiene necesidad de desahogarse? Déjele, pues, y su irritación encontrará por sí misma el camino.

—Es que no se puede creer, señor —exclamará el capitán—, a esos mandamases de Ámsterdam y a los malditos judíos de arriba ahora les ha dado la perra con las perlas. Se han vuelto locos con eso y no piensan en nada más: «Vaya allí y encuéntrenos perlas, capitán. Perlas es lo que quiere la gente».

Aquí el capitán escupirá con disgusto.

—¡La gente! ¡Valientes besugos! Ahora están aterrorizados con que viene una nueva guerra o algo así. Dicen que el dinero ya no vale y que lo mejor es invertir en perlas. ¡Y a eso lo llaman crisis!

El capitán J. Van Toch le medirá con la mirada y dudará un instante si ponerse a discutir con usted sobre la situación económica. Hoy parece que nadie habla de otra cosa, pero aquí en Tana Masa hace demasiado calor y da demasiada pereza tratar de esos asuntos. Van Toch hará un gesto vago con la mano y farfullará:

—¡Perlas! ¡Como si fuese tan fácil! A Ceilán ya la han saqueado por lo menos para cinco años, señor, y en Formosa han prohibido la pesca. Entonces se acuerdan del viejo capitán Van Toch y le dicen: «Vaya, capitán, encuéntrenos perlas. Vaya otra vez a esas islas del demonio, tal vez nos encuentre un lugar lleno a rebosar de perlas magníficas...».

El capitán Van Toch se sonará con fuerza en su pañuelo azul.

—Esas ratas de Europa se imaginan que aquí todavía se pueden encontrar territorios vírgenes en los que seguir robando. ¡Jesús, María y José! ¡Es que no les entra

en la mollera! Y todavía gracias que no quieren que les hurgue en las narices a estos batakos de aquí por si esconden alguna perla. ¡Nuevos yacimientos de perlas! ¡Nada menos! En Padang hay un nuevo burdel, eso sí que lo hay, pero ¿nuevos yacimientos de perlas? Conozco estas islas como la palma de mi mano, señor mío, desde Ceilán hasta la condenada isla de Clipperton... Si alguien se cree que todavía se encontrará por aquí algo con lo que hacer negocio es que está muy confundido. ¡Que se vayan con viento fresco! ¡Durante treinta años he recorrido estos mares de una punta a la otra y ahora quieren que encuentre un nuevo yacimiento de perlas! ¿Es que estamos todos locos?

El capitán Van Toch, llegado a este punto, resoplará con dificultad por la ira.

—Que envíen algún novato si quieren, que les encontrará algo que hará que los ojos les hagan chiribitas. ¡Pero pedírselo a un viejo lobo de mar como el capitán Van Toch! ¡Es que no hay derecho, señor mío! Quizá en Europa todavía se puede descubrir algo nuevo, no digo yo que no. Pero ¿aquí? Aquí ya han arramplado con todo lo que había de valor, apenas han dejado lo suficiente como para que estos salvajes no se mueran de hambre. Si por un casual todavía se encontrase algo que valiese un Dubbeltje<sup>1</sup>, inmediatamente le saltarían encima tres agentes peleándose entre ellos, arrancándose los pelos y haciendo señas a los barcos de siete países distintos para que se acercasen a cobrar la presa. Así están las cosas, señor mío, yo esto lo sé mejor que todos los funcionarios de la condenada administración colonial de Su Majestad la Reina, puede usted creerme.

El capitán Van Toch, rebosante de cólera justiciera, se detendrá a proferir una sarta de blasfemias e improprios antes de continuar.

—¿Ve usted a esos dos desgraciados tumbados a la bartola? Son pescadores de perlas de Ceilán, como Dios

los traje al mundo, aunque para qué los traje es algo que se me escapa totalmente. Los llevo conmigo de un lado a otro y, cuando encuentro un pedacito de costa en el que no haya un cartel en el que ponga Agency, Bat' a<sup>2</sup>, Oficina de Aduanas o algo por el estilo, los echo al agua para que rebusquen si no hay alguna concha. Ese de ahí, el más canijo, se sumerge hasta los ochenta metros de profundidad, una vez en las islas Príncipe sacó de noventa metros de profundidad la manivela de una cámara de cine. ¿Pero perlas? ¿Estamos locos o qué? Estos condenados cingaleses son unas bestias de cuidado, si quiere saber lo que pienso. Así que ese es el condenado trabajo que tengo, fingir que ando comprando aceite de palma cuando en realidad voy en busca de yacimientos de perlas. A lo mejor todavía quieren que descubra un nuevo continente. ¿Acaso es esa una ocupación digna de un capitán de barco que se respete a sí mismo? J. Van Toch no es ningún condenado aventurero sin escrúpulos para ir por ahí a la buena de Dios, no señor, eso sí que se lo puedo decir.

Y así sucesivamente... El mar es vasto y el océano del tiempo no conoce fronteras. Los elementos asisten impasibles, sin inmutarse, a las desdichas e infortunios humanos. Finalmente, después de diversos preparativos y trajines, llega el momento en el que el capitán del barco holandés Kandong Bandoeng, J. Van Toch, desciende a la chalupa con un suspiro para desembarcar en el kampong<sup>3</sup> de Tana Masa, donde le espera el mestizo borracho para tratar de algunos asuntos comerciales.

—Sorry, captain —dijo finalmente el mestizo —, aquí en Tana Masa no nos queda ni un triste molusco. Estos batakos inmundos se comen hasta las medusas. Pasan más tiempo en el agua que en la tierra, a las mujeres les apesta todo a pescado, si sabe a lo que me refiero. No se lo recomiendo.



—¿Y no hay por algún lado un cachito de costa —preguntó el capitán— donde no se metan los batakos?

El mestizo negó con la cabeza.

—No, señor. Bueno, con la excepción de Devil Bay. Pero no es un sitio al que usted quiera ir.

—¿Por qué?

—Porque... Es un sitio al que no se puede ir. ¿Le sirvo un poco?

—Thanks. ¿Qué pasa? ¿Hay tiburones?

—Sí que hay, pero no es por eso —dijo el mestizo bajando la voz—. Es un mal lugar, señor. A los batakos no les gusta que nadie ande por ahí.

—¿Y eso por qué?

—Eh... Hay demonios, señor. Demonios marinos.

—¿Eso que es? ¿Algún tipo de pez?

—No del todo —contestó evasivamente el mestizo—. Simplemente demonios, señor. Demonios que viven en el agua. Los batakos los llaman tapas. Dicen que ahí tienen construida una ciudad. ¿Un poquito más?

—¿Y qué aspecto tienen esos demonios?

El mestizo se encogió de hombros.

—Pues como demonios, señor. Una vez vi uno de refilón, mejor dicho solo la cabeza. Regresaba en bote desde Cape Harleem y entonces... Uno de esos asomó la cabezota.

—¿Y? ¿A qué se parece?

—La cabeza se parece bastante a la de un batak, señor, solo que son completamente calvos.

—¿Y no sería un batak?

—No, señor. Ya le digo que ningún batak se mete en el agua en ese lugar. Y luego... Esa cosa parpadeó subiendo los párpados inferiores —el mestizo reprimió un escalofrío de espanto.

Los párpados por abajo le cubrían todo el ojo. Era un tapa.

El capitán Van Toch hizo girar la copa de vino en su palma con sus dedos rollizos.

—¿Y no sería que estabas borracho como una cuba? Dime la verdad, ¿estabas cocido?

—Sí que lo estaba, señor. De otro modo no hubiese ido por esa parte. A los batakos no les gusta que se moleste a los demonios.

El capitán Van Toch negó con la cabeza.

—Los demonios no existen. Y si existiesen se parecerían a los europeos. Eso que viste debió ser algún tipo de pez.

—Los peces —farfulló el mestizo— no tienen manos, señor. Yo no soy ningún batak, fui a la escuela en Badjoeng... Todavía me sé los Diez Mandamientos y muchas otras cosas científicamente demostradas. Un hombre educado sabe distinguir lo que es un demonio y lo que es un pez. Si no me cree pregúnteles a los batakos.

—Eso son supersticiones de negros —declaró el capitán con la superioridad risueña del hombre civilizado—. Es un absurdo científico. Los demonios no pueden vivir en el agua. ¿Qué iban a hacer ahí? No deberías creer las habladurías de los nativos, rapaz. Lo que ocurre es que alguien le puso a ese lugar el nombre de la Bahía de los Demonios y desde entonces los batakos le tienen miedo. Eso es todo —dijo el capitán golpeando la mesa con la mano—. Es científicamente claro como el agua que ahí no hay nada.

—Sí, señor —asintió el mestizo educado en la escuela de Badjoeng—. Pero igual a ninguna persona sensata se le ocurriría ir a Devil Bay.

El capitán Van Toch enrojeció.

—¿Cómo dices? —gritó levantando su imponente figura de más de doscientas libras de peso—. Cochino mestizo, ¿acaso te crees que me dan miedo esos demonios tuyos? No vale la pena perder más el tiempo contigo, tengo negocios más importantes que atender. Pero que sepas que en todas las colonias holandesas no hay ni un solo demonio. En caso de haberlos, estarán en las

colonias francesas. A lo mejor ahí sí que hay. Ahora lár-gate de aquí y dile al jefe de este condenado kampong que venga a verme. ¡Arreando!

El mencionado dignatario no se hizo esperar mucho. Estaba sentado junto a la tienda del mestizo mascando caña de azúcar. Era un anciano desnudo, bastante más delgado de lo que suelen ser los alcaldes de los villorrios europeos. No muy lejos, manteniendo una distancia respetuosa, estaba sentado el pueblo entero, mujeres y niños incluidos, aparentemente esperando a que alguien comenzase a filmarlos.

—A ver, viejales —comenzó el capitán Van Toch en malayo (aunque igualmente hubiese podido utilizar el inglés o el holandés, porque el venerable batako no entendía ninguno de esos idiomas y el discurso tenía que ser traducido por el mestizo; pero por alguna razón el malayo le pareció al capitán el idioma más adecuado para la ocasión)—. Escúchame lo que te digo. Necesito ayuda. Tienes que prestarme algunos hombre-tones fuertes que vengan conmigo a pescar. ¿Entiendes? A pescar.

El mestizo tradujo y el jefe hizo una señal de que entendía. Después se levantó, extendió los brazos y arengó a su pueblo con un largo discurso que pareció cosechar un gran éxito.

—El jefe dice —explicó el mestizo— que todo el pueblo acompañará al gran capitán tuan a pescar donde el tuan quiera.

—Muy bien. Pues entonces diles que vamos a ir a buscar perlas a Devil Bay.

A esto le siguió una encendida discusión en la que participó todo el pueblo, en especial las mujeres más ancianas, y que se prolongó durante un buen cuarto de hora. Al cabo el mestizo se volvió hacia el capitán.

—Dicen que a Devil Bay no está permitido ir.

El capitán comenzó a ponerse rojo.

—¿Y eso por qué?

El mestizo se encogió de hombros.

—Porque ahí viven los tapa-tapa. Los demonios, señor.

El rostro del capitán comenzó a adquirir tonalidades azuladas.

—¡Pues díles que si no hacen lo que les digo les arrancaré los dientes con unas tenazas, les cortaré las orejas uno a uno, los colgaré de un palo y para terminar le prenderé fuego a su asqueroso kampong hasta reducirlo a cenizas! ¡Díles eso!

El mestizo lo tradujo todo escrupulosamente. A esto siguió otra animada deliberación que se prolongó durante varios minutos.

—Señor, dicen que irán a Padang a quejarse a la policía de que les ha amenazado. Dicen que hay un parágrafo sobre eso. El jefe dice que no piensa dejar las cosas así.

El capitán Van Toch se puso completamente violeta.

—¡Conque esas tenemos! —aulló— Pues entonces díles que...

Y continuó gritando y amenazando sin interrupción durante once minutos seguidos.

El mestizo lo tradujo todo con fidelidad hasta donde le alcanzaban las palabras. Después de una nueva deliberación, esta vez más circunspecta, se volvió otra vez hacia el capitán.

—Dicen que están dispuestos a desistir de su demanda judicial si el tuan les paga en efectivo una multa de doscientas rupias —el mestizo dudó un momento—. Eso han dicho, señor, doscientas rupias, pero es mucho. Yo creo que se están tirando un farol. Ofrézcales cinco.

Aquí el rostro del capitán comenzó a adquirir tonalidades purpúreas con vetas negruzcas. Primero se ofreció a matar a todos los batakos del mundo con sus propias manos, luego lo rebajó a trescientos latigazos y finalmente terminó con solo disechar al jefe y enviarlo al Museo Colonial de Ámsterdam. A esto los batakos respondi-

ron primero con las doscientas rupias, luego con una válvula de hierro para inflar bicicletas y finalmente aceptaron un mechero de gasolina para el jefe.

—Déselo, señor —intervino aquí el mestizo—. Es una buena oferta. A mí me quedan tres mecheros en la despensa, aunque no tengo mechas.

De esta manera fue posible restablecer la paz en Tana Masa, si bien al capitán Van Toch le quedó el resquemor de que se había infligido una afrenta en el prestigio de la raza blanca.

Esa misma tarde desde el Kandong Bandoeng se echó al agua una chalupa con el capitán Van Toch, el sueco Jensen, el islandés Gudmunson, el finlandés Gillemainen y los dos pescadores cingaleses. La chalupa puso rumbo a la ensenada de Devil Bay. Justo a la tres, cuando la marea alcanzó su punto más bajo, el capitán echó pie a tierra acompañado por los dos cingaleses. Los otros se alejaron remando hasta una distancia de cien metros de la playa para vigilar a los tiburones. En la playa los dos cingaleses esperaban desnudos, cuchillo en mano, la señal del capitán para echarse al agua.

—Dale, primero tú —indicó el capitán al más alto de los dos.

El cingalés se adentró en el agua, dio unas cuantas brazadas y se sumergió. El capitán miró su reloj.

Cuatro minutos y veinte segundos después una cabeza morena emergió a unos sesenta metros a la izquierda. Con un extraño braceo, lleno de urgencia y desesperación, el cingalés nadó hasta los escollos a uno de los lados, sosteniendo el cuchillo en una de sus manos y una concha perlífera en la otra.

El capitán frunció el ceño.

—Bueno, ¿qué? ¿Qué pasa?

—¡Sahib, sahib! —dijo el cingalés jadeando y tratando de correr por las rocas hasta la orilla— ¡Sahib, sahib!

—¿Tiburones?

—¡Djins! —gimió finalmente el cingalés— ¡Demonios, señor! ¡Miles de ellos!

—Déjame ver esa madreperla —ordenó el capitán y la abrió con un cuchillo. Dentro había una perla pequeña y resplandeciente—. ¿No había más?

El cingalés sacó tres conchas de la bolsa que llevaba colgada del cuello.

—Hay conchas, señor, pero los demonios las vigilan... Me miraban mientras las arrancaba —tenía el cabello en sortijado erizado por el horror— ¡Sahib, huyamos! ¡Huyamos!

El capitán abrió las conchas. Dos estaban vacías y la tercera contenía una perlita del tamaño de un guisante, redonda como una gota de mercurio. El capitán Van Toch miró alternativamente a la perla y al cingalés desplomado en el suelo.

—Dime, rapaz —empezó vaciante—, ¿no te gustaría volver a zambullirte?

El cingalés negó con la cabeza sin decir palabra.

El capitán J. Van Toch sintió en la boca un fuerte impulso de maldecir, pero en lugar de eso se descubrió a sí mismo hablando con voz baja y suave, casi con dulzura.

—Nada, rapaz, no pasa nada, tranquilo. ¿Y qué aspecto tienen esos demonios que dices?

—Como niños pequeños —balbuceó el cingalés—. Tienen cola y son así de altos —dijo señalándose con la mano extendida en el pecho—. Estaban parados a mi alrededor haciendo un círculo y miraban lo que hacía... ¡Huyamos, sahib!

El capitán Van Toch reflexionó un instante.

—¿Y no viste por casualidad si tenían párpados inferiores?

—No lo sé, señor —contestó el cingalés con voz llorosa—, hay miles..., ¡decenas de miles!

El capitán se volvió a mirar al segundo cingalés. Estaba a unos ciento cincuenta metros, esperando con ex-

presión indiferente, con los brazos cruzados sobre el pecho y las palmas apoyadas en los hombros. Ocurre que, cuando una persona está desnuda, hay pocos lugares donde poner las manos excepto los hombros. El capitán hizo una señal en silencio con la cabeza y el pequeño cingalés se zambulló en el agua. Tres minutos y cincuenta segundos después reemergió tratando de aferrarse a los escollos con las manos resbaladizas.

—¡Vamos, trepa! —gritó el capitán, pero después miró con mayor atención y saltó sobre las rocas en dirección a aquellas manos que palmoteaban desesperadamente. Uno no hubiese creído que semejante corpachón pudiese moverse con tanta agilidad. En el último momento agarró al cingalés que ya se hundía y de un fuerte tirón lo aventó fuera del embate de las olas. Después dejó que el cingalés recobrase un poco el resuello sobre una roca y se secó el sudor de la frente. El cingalés quedó tendido inmóvil, tenía una espinilla desollada hasta el hueso por el choque contra las piedras, pero por lo demás se encontraba entero. El capitán le levantó los párpados, solo se veía el blanco de los ojos vueltos hacia abajo. No tenía ni conchas ni cuchillo.

En ese momento la chalupa con la tripulación se aproximó a la orilla.

—Señor —gritó el sueco Jensen—, hay tiburones. ¿Van a seguir pescando?

—No —contestó el capitán—. Venid a recoger a estos dos.

—Mire, señor —dijo Jensen mientras regresaban al barco señalando con un remo—, qué poca profundidad hay en esta parte. Es como si hubiesen construido un dique bajo el agua.

Solo al llegar al barco volvió en sí el pequeño cingalés, se sentó con las rodillas pegadas a la barbilla con todo el cuerpo temblando. El capitán ordenó a todos que se alejasen y se sentó a su lado con las piernas cruzadas.

—Venga, desembucha, ¿qué has visto ahí abajo?

—Djins, sahib —murmuró con voz apenas perceptible el pequeño cingalés. Seguía temblando como una hoja y tenía la piel de gallina.

El capitán Van Toch carraspeó disgustado.

—¿Y qué aspecto tienen?

—Como... Como...

Por un momento pareció que el cingalés se iba a desmayar de nuevo. El capitán con una agilidad inesperada le aferró de las manos y los hombros y lo inclinó hacia su pecho.

—Thanks, sahib —dijo con un hilo de voz.

—¿Estás mejor?

—Sí, sahib.

—¿Había conchas?

— Sí, sahib.

El capitán Van Toch prosiguió el interrogatorio con considerable paciencia y habilidad. Sí, hay demonios. ¿Cuántos? Miles y miles. Son grandes como niños de diez años señor, de color casi negro. Nadan en el agua y por el fondo caminan sobre dos patas. Sí, señor, caminan como usted y yo, aunque balancean el cuerpo de manera extraña, como así, tin tan, tin tan. Sí, señor, también tienen manos. No, no son garras, son más bien como las manitas de un niño pequeño. No, sahib, no tienen ni cuernos ni pelo. Sí, tienen cola, parecida a la de un pez, aunque no tienen aleta caudal. La cabeza la tienen grande y redonda, un poco como la de los batakos. No, no decían nada, parecía como si chasqueasen la lengua. Cuando el cingalés arrancaba unas conchas a una profundidad de unos dieciséis metros sintió en la espalda el roce de unos dedos pequeños y fríos. Se volvió y ahí en torno estaban ellos, centenares y centenares, nadaban en el agua o estaban de pie sobre las rocas, y miraban con gran atención lo que hacía el cingalés ahí abajo. Este con el susto dejó caer el cuchillo y las conchas y



se impulsó hacia arriba. En ese momento chocó con varios de los demonios que estaban nadando por encima de él. Y después ya no recuerda lo que ocurrió, señor.

El capitán Van Toch miraba pensativo al pequeño buceador tembloroso. Este chico ya no servirá para nada, se dijo a sí mismo, tendré que enviarlo desde Padang de vuelta a Ceilán. Gruñendo y farfullando palabras incomprendibles se fue a su camarote. Ahí volcó de una bolsita de papel las dos perlas sobre la mesa, una diminuta como un granito de arena y otra grande como un guisante, brillante y con opalescencias rosadas. El capitán del barco holandés volvió a resoplar y sacó de la cajonera una botella de whisky irlandés.

A las seis de la tarde se hizo llevar otra vez en la chalupe hasta el kampong y se dirigió directamente a la casa del mestizo de cubana y portugués. «Vino de palma», dijo con sequedad, y no dijo ni una palabra más. Se quedó sentado en el porche con tejado de chapa ondulada, sosteniendo un vaso de vidrio grueso entre sus dedos rollizos, e iba dando sorbos, escupiendo y abanicándose. Parecía tener los ojos, bajo sus pobladas cejas, fijos en los movimientos de las gallinas amarillentas y escuálidas que Dios sabe qué picoteaban en el sucio y estrecho patio trasero entre las palmeras. El mestizo también se cuidó mucho de decir nada y solo rellenaba el vaso a su invitado. Poco a poco los ojos del capitán comenzaron a inyectarse en sangre y los dedos se le crisparon. Estaba anocheciendo cuando finalmente se levantó y se estiró los pantalones.

—¿Ya se va a dormir, capitán? —preguntó cortésmente el mestizo de demonio y diablo.

El capitán hendió el aire con un dedo.

—Tiene gracia. Quién me iba a decir —musitó— que todavía me quedaba por ver un nuevo tipo de demonios por estos mares. ¿Dónde queda aquí el noroeste?

—Por ahí —señaló el mestizo—. ¿Adónde va, señor?

—Al infierno me voy —gruñó el capitán—. A mirar qué hay en Devil Bay.

Esa noche comenzaron las extravagancias del capitán J. Van Toch. No regresó al kampong hasta el amanecer, sin despegar los labios hizo que lo condujesen de nuevo en la chalupa hasta el barco y una vez ahí se encerró en su camarote hasta la noche. Nadie reparó demasiado en ello, ya que desde el Kandong Bandoeng era necesario descargar en Tana Masa una buena cantidad de mercancías (copra, pimienta, alcanfor, gutapercha, aceite de palma y esclavos). Pero a la noche, cuando le dieron la noticia de que toda la mercancía había sido descargada, resopló y dijo simplemente:

—Traed la chalupa. Al kampong.

Y otra vez no regresó hasta el amanecer. El sueco Jensen, mientras lo ayudaba a subir a bordo, le preguntó por cortesía:

—Entonces, ¿hoy levamos anclas?

El capitán se volvió con un respingo.

—¿Y a ti qué rayos te importa? —le espetó— ¡Ocupate de tus condenados asuntos!

El Kandong Bandoeng pasó todo el día fondeado a aproximadamente un nudo de la costa de Tana Masa, sin hacer nada. Al anoecer el capitán salió de su camarote y ordenó:

—¡La chalupa! ¡Al kampong!

El pequeño griego Zapatis lo miró alejarse acodado en la borda, con un ojo ciego y el otro bizco, y murmuró por lo bajo:

—¡Solteros! ¡Siempre es lo mismo! Una de dos, o se ha echado una querida o se ha vuelto majara...

El sueco Jensen frunció el ceño.

—¿Y a ti qué rayos te importa? ¡Ocupate de tus condenados asuntos!

Luego, con ayuda del islandés Gudmundsen, bajó la chalupa y remararon hacia Devil Bay. Se quedaron detrás

de las rocas a la espera de lo que ocurriría a continuación. El capitán llegó a la bahía e hizo como si estuviese esperando algo. A veces se detenía y llamaba a alguien diciendo algo como «ts-ts-ts».

—Mira —dijo Gudmundson señalando el mar, que en ese momento resplandecía con reflejos rojos y dorados por el crepúsculo.

Jensen contó dos, tres, cuatro, seis aletas puntiagudas como puñales que nadaban hacia Devil Bay.

—Que me ahorquen. Ya están aquí los tiburones.

A cada rato se hundían las aletas, se agitaba una cola fuera del agua y se formaba un brusco remolino. El capitán Van Toch saltaba furiosamente en la orilla, soltaba maldiciones y amenazaba con el puño a los tiburones. Entonces se produjo el breve crepúsculo tropical y la luna emergió sobre la isla. Jensen tomó los remos y se aproximó hasta una de distancia de un furlong<sup>4</sup>. El capitán estaba sentado sobre una roca y seguía haciendo su ts-ts-ts. Algo parecía moverse a su alrededor, pero era imposible distinguir qué. Parecen focas, pensó Jensen, pero las focas no se mueven de esa manera. Unas siluetas emergieron del agua entre las rocas y comenzaron a caminar por la orilla bamboleándose como pingüinos. Jensen remó en silencio y volvió a detenerse a medio furlong de la orilla. Sí, el capitán dice algo, pero que se me lleven todos los diablos si entiendo qué; parece que farfulla algo en malayo o en tamil. Extiende los brazos como si les arrojase algo a las focas (aunque no son focas, ahora está claro). En ese momento uno de los remos levantados se le escurrió de las manos, cayó y golpeó el agua con un chasquido. El capitán levantó la cabeza, se irguió y caminó unos treinta pasos en el agua. De golpe se escucharon una serie de detonaciones atronadoras que iluminaron la noche. El capitán disparaba su browning en dirección a la chalupa. Al mismo tiempo por toda la orilla se escuchó un murmullo y un ruido de sal-

picaduras como si mil focas se hundiesen en el agua al mismo tiempo. Jensen y Gundmondson asieron los remos y bogaron con todas sus fuerzas hacia mar abierto, escuchando el silbido de las balas sobre sus cabezas. Cuando regresaron al barco no le dijeron nada a nadie, estos nórdicos saben guardar un secreto. El capitán regresó al alba con aspecto sombrío y pensativo. Cuando Jensen le ayudaba a subir a bordo, el capitán le escrutó con mirada fría e inquisitiva.

—Jensen.

—Sí, señor.

—Hoy partimos.

—Sí, señor.

—En Surabaya recibirán sus cartillas.

—Sí, señor.

Y eso fue todo. Ese mismo día el Kandong Bandoeng levó anclas hacia Padang. Desde Padang el capitán J. Van Toch envió a la compañía en Ámsterdam un paquete asegurado en 1200 libras esterlinas. Al mismo tiempo envió por telégrafo una solicitud de un año de licencia. Razones médicas urgentes me obligan, etc. Luego deambuló por Padang hasta encontrar a la persona buscaba. Era un salvaje de Borneo, un dayako, al que los viajeros ingleses a veces contrataban como cazador de tiburones para divertirse, ya que el dayako todavía trabajaba a la antigua usanza, armado solo con un largo cuchillo. Probablemente era un caníbal, pero era de fiar y cobraba una tarifa fija: cinco libras por tiburón, gastos aparte. Al margen de eso tenía un aspecto pavoroso, con los brazos, el pecho y los muslos llenos de cicatrices de mandíbulas de tiburón y la nariz y las orejas adornadas con dientes de tiburones. Su nombre era Shark.

Con este dayako el capitán J. Van Toch emprendió el viaje de regreso a la isla de Tana Masa.